

Evangelio. Esta salvadora idea, exaltada en medio de la soledad, inspira su musa; y aquel hombre, que tal vez se había dejado arrastrar de las pasiones, durante su juventud, aspirando ambicioso á las honras mundanales ¹, habla el lenguaje de la piedad y de la fé, y llevado del mismo impulso que mueve la lengua de los Padres, levanta á Dios su alma purificada por la oracion, y prorrumpe en desusados cantares, llenos de vida y de esperanza.

No otro es el pensamiento que brilla en el poema de Draconcio, escrito en versos exámetros ó heróicos y conocido generalmente con nombre inadecuado, bien que designado por él con el título *De Deo* ². El *Númen Único* que inspiró á Yu-

¹ De lo primero persuade sin duda la confesion que pone en el libro III *De Deo*, la cual empieza:

506 Ergo ego confiteor miseranda mente reatum
Plenum, grande malum, non uno crimine partum.
Nam scelus omne meum numeros superavit arenae
Litoris, et pelagi vincent mala nostra liquores.

De lo segundo dan testimonio la mayor parte de los críticos, y entre ellos el entendido don Faustino Arévalo (de quien hablaremos en la siguiente nota), manifestando que fué palaciego ó cortesano (Goldastus, *Epist. ad Weitzium*; Arévalo, *Proleg. in Dracont.*, caps. IV y VII).

² Trece ediciones se habian hecho hasta el año de 1791, con el título de *Hexaëmeron seu de opere sex dierum*, cuando el erudito don Faustino Arévalo encontró en la Biblioteca Vaticana el precioso códice, en que se contenia por completo el poema *De Deo*, dándolo á luz con doctas anotaciones y comentarios en el referido año. Asegurábase por los bibliófilos, que «aunque en las ediciones que se habian hecho de la obra de Draconcio estaba esta dividida en dos partes, con el título de libro I y II, no constaba de más libros que uno, escrito en 634 versos, todos heróicos, en los cuales trataba de la creacion del mundo en los seis primeros dias» (Rodriguez de Castro, *Bibl. Hisp.*, t. II, pág. 253). Pero si fué posible asentar semejantes asertos antes de la publicacion de Arévalo, no es ya lícito mencionar á Draconcio, sin tener muy en cuenta los trabajos de tan erudito español, el cual declara que el citado poema *De Deo*, compuesto de tres libros y dos mil doscientos cuarenta y cuatro versos, se contenia al fólío 260 de un códice, escrito por Federico Vetterano en 1481, bajo el nombre de San Agustín, con este título: *Aurelii Augustini de Deo (Proleg. in Dracont.*, cap. VII). Cotejada la edicion de Arévalo con todas las anteriores, no queda duda alguna de su identidad con lo ya conocido é impreso, convenciendo la unidad del pensamiento, la igualdad del estilo y las frecuentes alusiones históricas á la vida de Draconcio de que era

venco y á Prudencio, es la fuente exclusiva de sus inspiraciones: de las manos de Dios recibe vida y movimiento la creacion entera; su piedad es tan grande como su omnipotencia; su justicia sólo halla limites en la inmensidad de su misericordia; ni los extravios ni los crímenes de los hombres alcanzan á agotar los inefables tesoros de su gracia. Tales son los atributos que resplandecen en el *Númen Único*, cantado por Draconcio en la oscuridad de sus prisiones, y tal el pensamiento que le anima, formando extraordinario y sorprendente contraste con la saña de los bárbaros, la pertinacia de los gentiles y la ceguera de los heresiarcas, que desgarraban á la sazón el seno de Iberia. Al elevarse á semejantes regiones, aspira Draconcio á ilustrar la ignorancia de los unos, á extirpar los errores de los otros, y á combatir, en fin, contra la ingratitude de los que, desconociendo su origen, rendian torpe culto á la vanidad y á la soberbia, olvidados los continuos beneficios recibidos del Hacedor Supremo.

Para conseguir tan alto objeto, despliega y traza con peregrinas tintas el cuadro de la creacion del mundo, obra de la sublime diestra, presentando al hombre como corona de todo lo creado. Mas ni la descripción de los seis dias, empleados por Dios para su inmortal fábrica, ni la dolorosa pérdida del paraíso, primer extravío del orgullo humano y primer castigo impuesto al hombre por la justicia divina, son único objeto de su musa. Propónase Draconcio ofrecer á la gentilidad, á la heregia y á la barbarie perfecta idea del Dios Único, que era

Solus ubique Deus, rerum fons, conditor et spes;

y despues de pintar su omnipotencia y absoluta bondad, la ingratitude y vanidad del hombre y el triste espectáculo de su desnudez y su miseria, descubre las inextinguibles fuentes del amor

todo obra de su mano. En la *Bibl. Nacl.* núm. 178, existe un Ms., en que se contiene la parte del poema, publicado antes de Arévalo, con eruditas notas marginales de don Nicolás Antonio, sacadas del códice original, bien que tambien incompleto, de don Miguel Ruiz de Azagra. La comparacion de este códice con la edicion romana, es otra prueba más de la importancia del servicio hecho á las letras por aquel docto sacerdote.

divino y de la gracia, que lo elevan de nuevo y purifican, prometiéndole, con la resurrección á más dichosa vida, eterna bienandanza. La infinita majestad, la suma potencia, saber y benignidad de Dios reciben altos loores, al terminar el primero de los tres libros que componen el poema.

Prosiguese en el segundo con no menor denuedo la obra comenzada: para confusión del arrianismo, expone Draconcio la doctrina de la Trinidad, la encarnación del Hijo de Dios, su consustancialidad con el Padre y la identidad del Espíritu Santo, igual al Padre y al Hijo. Este se reviste de verdadero cuerpo, confirma su divinidad con sus milagros y para perpetuar su doctrina, trasmite aquel inestimable don á sus discípulos. Combatida en tal forma la heregia que tantos estragos habia ya producido en el seno de la Iglesia y que amenazaba echar profundas raíces en la Península Ibérica, vuelve el poeta su vista á contemplar el imperio de Dios en las cosas creadas, recordando los prodigios obrados por su diestra. El paso del mar Rojo, la lluvia del maná y la aparición del agua en mitad del desierto, milagros son que vienen á salvar al pueblo elegido, libertado ya de la tiranía de los Faraones y encaminado por la columna de fuego á la tierra prometida.—En todas partes halla Draconcio objetos que publican y alaban la existencia de Dios, no olvidando ni aun los insectos más nocivos, á los cuales vence la perversidad del hombre; perversidad que excita el enojo de su Hacedor, dando origen al diluvio y á la destrucción de las cinco ciudades malditas. Pero si en uno y otro castigo brilla la justicia divina, no resplandece menos la clemencia: Noé y Loth salvan por su virtud al género humano de total exterminio; y para completar la obra de la misericordia suprema, desciende Jesús al mundo: la humanidad paga su redención con la muerte, sellando el Salvador la santidad de su doctrina con su propia sangre, y quedando así cumplidas las profecías.

Tiene el libro tercero por objeto recoger el fruto, producido por las enseñanzas del Evangelio, fecundadas por los ejemplos de la Biblia. La soberbia de los poderosos y la avaricia de los ricos son condenadas por Draconcio, quien demuestra con noble sencillez que sólo en Dios estriban los verdaderos tesoro-

ros de la felicidad, y que únicamente pueden estos lograrse, despreciando los bienes falaces del mundo. Al exponer esta doctrina, halla el poeta cristiano oportuna sazón para combatir los delirios del politeísmo, contra cuyos dioses habia ya exclamado en el libro precedente:

580 Mars cadat ex animo, pereant Saturnus et Arcas
Iupiter atque Venus, Titania, Iuno, Cupido,
Vel quicumque dii ficti sermone vetusto
Credantur nihil posse, simul nihil esse probentur.

Á los crueles sacrificios y vergonzosos crímenes de las falsas deidades opone por tanto la piedad y pureza de los patriarcas y de los profetas: Abraham ofrece á Dios el holocausto de Isaac, en señal de absoluta obediencia, sustituyendo á tan inocente víctima la sencilla ofrenda de un cordero: Saturno devora en cambio sus propios hijos, manchando anualmente sus altares la sangre de la inocente infancia. Daniel aparece en el lago de los leones sin lesión alguna, mientras en los anfiteatros romanos son despedazadas por las fieras, con aplauso de los hombres, millares de víctimas: la fabulosa virtud de Hércules, dando muerte al león de Nemea, es vencida por la mansedumbre del profeta: la crueldad de Diana Taurica sólo halla explicación en su sangriento culto. Los gentiles obran en todo por la vanagloria: los cristianos por el amor de Dios y la dulce esperanza de la felicidad eterna. Tal es el impulso que mueve á Codro, Leonidas, Bruto, Torcuato, Régulo y tantos otros héroes de los antiguos tiempos, y tal el espíritu que anima á los confesores de Cristo. La humanidad no puede romper las tinieblas del espantoso caos, en que se mira hundida, sin levantar su esperanza á Dios, cuya grandeza y misericordia pregonan todos los seres, mientras el hombre parece desconocerlas. Á esta declaración sigue por último la confesión de Draconcio, quien pide á Dios que le saque de las cadenas que le oprimen, y que purgadas ya sus culpas, le conceda la eternal bienandanza.

Hé aquí en suma el poema de Draconcio, que aun siendo en su totalidad desconocido, le conquistó en los siglos medios no despreciable lauro ¹: llegado el renacimiento de las le-

¹ San Isidoro que menciona á Draconcio en varios pasajes de sus *Etimo-*

tras, condenáronle como *grosero* y *bárbaro* los latinistas, calificación injusta que se ha repetido sin más exámen en nuestros tiempos ¹. Pero si no podemos hoy participar de la admiración, que esta obra produjo en medio de la oscuridad que por todas partes iba envolviendo el eclipsado astro de la literatura latina, tampoco es lícito menospreciarla, ora se considere con relación á la idea, ora respecto de las formas. Draconcio era un poeta cristiano, nacido en el suelo de la Bética: para ser fiel á los santos fines de la religión, menester era que no rindiese ciego culto á las bellezas, no desconocidas por él, del arte pagano: para ser consecuente con la índole de los ingenios andaluces, menester era también que no se dejase avasallar por leyes desacreditadas, cuya estricta aplicación hubiera sido el último de los absurdos en el estado de conturbación, en que la sociedad aparecía, y con el propósito que le inspiraba. Así pues, ni pudo conservar la pureza de la lengua latina, respetando su ya alterada prosodia, al verse rodeado de bárbaros, ni menos le fué dado acatar los profanados cánones de un arte basado en la idolatría, cuyas creaciones eran condenadas por la Iglesia. Los lunares que tanto se han ponderado y

logias, decía así en su libro *De Viris illustribus*: «Dracontius composuit heroicis versibus *Hexaëmeron* creationis mundi, et luculenter quod composuit, scripsit» (cap. XXIV). Se vé pues que á pesar de no ser conocido de San Isidoro por completo el poema *De Deo*, le tributó justo y merecido elogio, repetido después por Honorio, en su catálogo *De illustribus Ecclesiasticis Scriptoribus*. Cuando tratemos de las obras de San Eugenio, notaremos la estimación en que este santo y San Ildefonso tuvieron la obra de Draconcio.

¹ Es en verdad notable el ver cómo escritores modernos, que aspiran á la consideración de críticos, condenan cual *bárbaro* este poema, sin haberlo al parecer leído. Esta sospecha formamos, al encontrar en la *Histoire des Lettres* de M. Duquesnel las siguientes palabras: «Un poëte, nommé Dracontius, a laissé sous le titre d'*Hexaëmeron seu de opere sex dierum*, un poëme barbare, qui fut retouché, au septième siècle, par Eugenius, évêque de Tolède» (t. III, cap. XXX.). Duquesnel no conocía, escribiendo en el segundo tercio del presente siglo, la edición de Arévalo, ni había examinado el poema *De Deo*, cuando se expresó en estos términos: de otra manera no se concibe cómo un hombre, que procura ver en la historia de las letras la de la civilización, puede ir hasta el extremo de pronunciar tan injustificable y arbitrario fallo. La crítica que así procede, está ciega.

dado pábulo á tan duras y arbitrarias calificaciones, provienen por tanto de tres distintas fuentes. Primera: del carácter especial de la poesía cristiana, atenta sobre todo al logro de la idea, cuya magnitud y sublimidad excedían los medios de manifestación del arte gentilicio. Segunda: de la índole particular del poeta, que recordando la independencia de los Sénecas y Lucanos, ostenta todas las galas de una imaginación fogosa, bien que indócil, y cae en todos los extravíos que se revelan en los cantos de tan celebrados vates ¹. Tercera: del abatimiento y corrupción, á que habían venido las artes y las letras, perdida ya toda brújula en la deshecha borrasca, en que naufragaba el mundo.

Mas no porque estudiado maduramente el poema *De Deo*, sea imposible desconocer cierta hinchazón, que degenera á menudo en reprehensible oscuridad ó sutileza; no porque se advierta que el trato y comercio con los bárbaros había influido en Draconcio hasta el punto de comunicar á su estilo y lenguaje cierta aspereza y mancilla; no porque decaiga á menudo y se repita con frecuencia tanto en las ideas como en la expresión de ellas, deberá suponerse que el referido poema carece de bellezas de un orden superior, aun considerado exclusivamente bajo el aspecto de la forma. Sin apartarnos del libro I, más universalmente conocido, hallaremos sobradas pruebas de esta verdad, apareciendo de relieve la injusticia de los que sin examinarlo, le han condenado al desprecio. Veamos pues la pintura que hace del paraíso terrenal, digna de competir con la que más adelante escribió Alcimo Avito, comparada por algunos críticos modernos á la de Milton:

Est locus in terra diffundens quatuor amnes,
Floribus ambrosiis gemmato caespite pictus,
180 Plenus odoriferis nunquam marcentibus herbis,
Hortus in orbe Dei cunctis felicior hortis.

Illic floret humus semper sub vere perenni,
Arboreis hinc inde comis vestitur amoene,
185 Frondibus intextis ramorum murus opacus
Stringitur, atque omni pendent ex arbore fructus,
Et passim per prata iacent: non solis anhelii

¹ Véase el cap. XIV de los *Prolegom.* de Arévalo in *Dracontium*.
TOMO I. 18

- Flammatur radiis, quatitur nec flatibus ullis,
Nec coniuratis furit illic turbo procellis.
- 190 Non glacies districta domat, non grandinis ictus
Verberat, aut gelidis canescunt prata pruinis.
Sunt ibi sed placidi flatus, quos mollior aura
Edidit, exurgens nitidis de fontibus horti.
Arboribus movet illa comas, de flamine molli
- 195 Frondibus impulsis immobilis umbra vagatur;
Fluctuat omne nemus et nutant pendula poma.
Ver ibi perpetuum communes temperat auras,
Ne laedat flores, et ut omnia poma coquantur.
Non apibus labor est ceris formare cicutas:
- 200 Nectaris aetherei sudant ex arbore mella,
Et pendent foliis iam pocula blanda futura,
Pendet et optatae vivax medicina salutis:
Cetera depingit variis natura figuris.

Imposible hubiera sido á la gentilidad el imaginar cuadro de tan apacible colorido, no conocida por ella la revelacion, ni la sublime exposicion del Génesis. Draconcio, que se inspira en estas purísimas fuentes y que tiene por maestros á los Padres, al mismo tiempo que tropieza en las hipérboles y frecuentes antítesis que revelando el orientalismo que atesoraba su ingenio, le han dado sin gran razon entre los eruditos el nombre de *africano*¹, logra comunicar á sus pinturas sencillez admirable, hija sin duda de la novedad del asunto por él cantado. Demás de la descripcion del paraíso, ya citada, puede entre otras servir de ejemplo la si-

¹ Arévalo, *Proleg. in Dracont.*, cap. XI, cap. 82. Conveniente juzgamos asentar que la semejanza notada por los críticos entre los escritores españoles de la época que estudiamos y los africanos que en la misma florecen, es más genial que formal, como que nacia de cierta mancomunidad de orígenes. No se olvide en efecto que el Imperio de Cartago era hijo del pueblo fenicio, como lo eran las colonias que pueblan gran parte de la antigua Iberia; y considerando, dada esta inevitable premisa, que los escritores á cuya cabeza figuran en África un Tertuliano y en España un Yuvenco, nutren su espíritu con el estudio de las Sagradas Escrituras, y refrigeran su imaginacion en la inmortal fuente de los salmos, no será difícil explicar esa semejanza que tan extraña y peregrina ha parecido hasta ahora, en un sentido verdaderamente filosófico. Recoger todos estos hechos para fijar sus relaciones y deducir oportunamente la ley general, que los regula y fecunda, objeto es preferente de la crítica literaria, y por tanto uno de los principales fines á que aspiramos.

guiente, donde en brevísimos rasgos traza la simpática figura de la primera mujer, al aparecer en presencia del primer hombre:

- Constitit ante oculos nullo velamine tecta,
Corpore nuda simul niveo, quasi nimpha profundi.
- 395 Caesaries intonsa comis, gena pulchra rubore,
Omnia pulchra gerens, oculos, os, colla, manusque,
Vel qualem possent digiti formare Tonantis.

Á estos pasajes, que son bastantes para mostrar hasta el punto que fué poeta el español Draconcio, añadiremos sólo el final de la pintura que hace de los anfiteatros en el libro III, á fin de que se comprenda cómo reprueba estas paganas solemnidades. Dado á conocer el feroz entusiasmo de la muchedumbre, exclama:

- Quando duos pariter suscepit arena leones
Praesidio si porta fugae spatiosior obstet
Clausa, patensque simul bisseño cardine verso
Hinc vir adest, atque inde fera, stans unus ad unum
- 200 Hinc armata manus ferro, hinc dentibus ora.
Et tamen auxilio supra caput imminet alter,
Morsibus illis ne bestia membra iacentis
Vexet, et horrorem faciat dilecta voluptas, etc.

Las claras dotes que brillan en todo el poema *De Deo*, dotes no tomadas en cuenta por los retóricos y latinistas, dan á Draconcio en la historia de la civilizacion un lugar señalado, y más principalmente en la de las letras españolas. Ardiente, arrebatado, á la manera de los Sénecas, viene á probar con sus cantos que no posttran la independencia de su ingenio los rigores de Gunthario, cuyo enojo tal vez desafia en la oscuridad de los calabozos, cantando las grandezas del *Dios Único*. Semejante á Lucano, tiene un momento de flaqueza, en que adula al tirano que le oprime y persigue su patriotismo, pensando de este modo alcanzar la libertad por él llorada. Fruto de esta debilidad, vergonzosa en quien habia rechazado con entereza el yugo de los vándalos, es la *Satisfaccion*, que dá al mismo Gunthario, rebajándose hasta el extremo de compararle á los más celebrados héroes, agotando el diccionario de la lisonja¹. Pero Draconcio obtuvo por recompensa

¹ También respecto de esta obra de Draconcio se habia caído en el error

de su humillacion el más doloroso desengaño: sólo despues de la muerte desastrosa del vándalo pudo romper sus cadenas [428], refugiándose á Italia, donde halló acaso el premio debido á sus merecimientos ¹.

de suponerla dirigida á Teodosio, el jóven: el citado Rodríguez de Castro, que resume cuanto sobre este punto se había escrito, dice hablando del supuesto *Hexaëmeron*: «La otra parte, que en las ediciones tiene el título de libro II, es una *Elegia*, compuesta de ciento noventa y ocho versos exámetros y pentámetros, que dirigió Draconcio á Teodosio Augusto, el jóven; y se reduce á pedir en ella el poeta perdon á Dios de todos los defectos, en que por descuido hubiese incurrido en la exposicion del *Hexaëmeron* y de los pecados que contra la divina Majestad hubiese cometido en toda su vida el mismo Draconcio, quien asimismo se excusa en esta *Elegia* con Teodosio Augusto de no haber hecho mencion en el *Hexaëmeron* de los triunfos de este Emperador» (*Bibl. Hisp.*, tomo II, pág. 253, col. 2). Difícil parece hacinar mayor número de inexactitudes en tan cortas líneas; pero estas inexactitudes quedan de todo punto desvanecidas con la lectura de este poema, que halló completo el diligente Arévalo en la Biblioteca Vaticana, en un códice que había sido de la Reina de Suecia y lleva el número 1267. Consta de trescientos diez y seis versos, dirigidos á Gunthario ó Gunderico, rey de los vándalos (segun se colige del facsimile dado á luz por el mismo Arévalo), para demandarle la libertad, pues que como el poema *De Deo* lo escribió *dum esset in vinculis*. Para mayor ilustracion pueden consultarse los capítulos IX y X de los *Proleg. in Dracont.*, donde se prueba y explica palmariamente el objeto de esta elegia, manifestando la situacion en que se escribió y designando el rey, á quien vá encaminada.

¹ Arévalo se inclina á creer que muerto Gunthario ó Gunderico, pasó Draconcio á Italia, sospechando que fué en Roma honrado con una estatua, por convenirle mejor que á Merobauda los versos de Sidonio Apolinar, en que menciona á un poeta de la Bética que obtuvo semejante lauro (*Excusator. ad Felicem*, carm. IX). Fúndase principalmente en que, aunque tenido Merobauda por español, no consta positivamente que lo fuese, sabiéndose sólo que en 443 vino á la Península con el cargo de general (*magister utriusque militiae*), como advierte Idacio, sin expresar que fuera español, lo cual no hubiese en modo alguno omitido. Idacio asegura sin embargo que como premio del acierto con que Merobauda seguia las huellas de los antiguos poetas, se le había erigido una estatua (testimonio etiam provehitur statuarum). Mas debe tenerse presente que Merobauda, de origen germánico, atribuye en sus cantos la decadencia del Imperio Romano al triunfo del cristianismo, por lo cual no puede ser confundido con Draconcio (Philarète Chasles, *Étud. sur les prem. temps du pagan.*, pág. 203). El aserto de Arévalo no pasa de ser una conjetura, segun él mismo tiene el buen sentido de notar (Cap. XII de los *Proleg.*)

No fueron escasos los de Orencio é Idacio, quienes á mediados y fines de aquel siglo calamitoso sostenian en España, ayudados de Ceponio, Toribio y otros dignos prelados, la integridad del dogma católico, combatiendo con generoso esfuerzo, ya la recrudescencia de los idólatras, ya la contumacia de los hereges, y apareciendo en medio de tantas tinieblas como los últimos resplandores de un faro próximo á extinguirse. Orencio, cuya patria ha sido motivo de constante disputa ¹, aspira á presentar á los hombres en aquel espantoso naufragio la tabla salvadora de la religion, abriéndoles el camino de la felicidad eterna; y no siendo el menor escollo la idolatria, contra ella dirige todos sus esfuerzos, segun él mismo declara en sus *Oraciones* ², coronando tan plau-

¹ La mayor parte de los escritores españoles que han tratado de estos tiempos, afirman que fué obispo de Eliberis (hoy Granada): casi todos los extranjeros le hacen obispo de Auch, dándole el título de santo. Mas son distintos estos dos obispos, segun está ya probado (Rodríguez de Castro, *Bibl. Españ.*, tomo II, pág. 260 y siguientes). Edmundo Martene y Ursino Durand, que incluyeron en el tomo V de su *Thesaurus novus Anecdotorum* las obras de Orencio, declaran con noble ingenuidad que no carece de fundamento la opinion de César Baronio, que hace español á aquel poeta; opinion que habia seguido el P. Martin del Rio, primer publicador del *Commonitorium* (*Admonitio praevia*, págs. 19 y 20). Juan Alberto Fabricio no vacila en declararlo español y obispo Iliberitano (*Eiblioth. lat.*, tomo IV, cap. II). Siendo pues tan respetables las autoridades que militan á favor de España, entre las cuales puede tambien señalarse la coetánea de Sidonio Apolinar (Epíst. XII, del libro IX), no hemos vacilado en colocar á Orencio entre nuestros ingenios del siglo V, con tanta más razon, cuanto que aparece asociado al movimiento intelectual de aquella edad calamitosa, siendo en sus manos la poesia un instrumento de cultura. El *Commonitorium* fué publicado por Tamayo de Salazar, corrigiendo y aumentando notablemente la edicion de Martin del Rio (tomo IV, pág. 64 y siguientes). En un poema castellano, escrito en los primeros años del siglo XVI, y publicado en Zaragoza en 1529 con el título de *Vida de San Orencio*, no sólo se le tiene por español, sino que siguiendo la tradicion, se le declara hermano de San Lorenzo é hijo de otro Orencio, cuyos milagros celebra y venera la ciudad de Huesca. Este poema fué escrito por Diego Velazquez, poeta laureado, segun se expresa en la portada.

² En la oracion XXIV, última de las que han llegado á nuestros dias, exclamaba:

Et nos faece Ethnicorum emersimus

sible intento con su *Commonitorio*, obra compuesta de dos libros y encaminada exclusivamente á formar la educacion moral y religiosa de los cristianos.

Trata en el primer libro, llevado de este plausible intento, de las obligaciones del hombre para con Dios, y señalando los inmensos beneficios que tiene aquel recibidos y cada dia recibe de la mano Omnipotente, deduce cuán grande debe ser su gratitud respecto del Hacedor Supremo: expuestos despues sóbriamente los preceptos de la ley divina, dá á conocer el galardón eterno reservado á los justos y el perdurable castigo impuesto á los malvados. Bosquejando los dolorosos efectos de la *envidia*, pecado de que no ha logrado limpiarse la pobre humanidad, y condenando los no menos funestos estragos de la *avaricia*, fuente de repugnantes crímenes y aberraciones, pone Orencio fin á esta primera parte del *Commonitorium*. La segunda consagra á vituperar la *vanagloria*, la *mentira*, la *gula* y la *embriaguez*, hediondos vicios que afean en todos tiempos al hombre olvidado de las virtudes, y que dada la deshecha borrasca en que parecia naufragar el siglo V, aumentaban en gran manera la universal calamidad, inficionando tristemente á la grey cristiana. Draconcio acude pues con generoso pecho á conjurar estos peligros, y fijando á los cristianos el único rumbo que puede llevarlos á puerto seguro, termina sus nobles admoniciones, elevando repetidos himnos al Salvador, cuyo nombre ensalza y glorifica ¹.

No brilla sin embargo en este poeta, aplaudido por Fortunato ²,

*Esomque tandem rupimus caliginem
Dum spiritales exaudimus angelos, etc.*

(Pág. 46 del *Thes. nov. anecd.*)

¹ En casi todas las ediciones de Orencio siguen al *Commonitorium* los himnos siguientes: *De Nativitate Domini*; *De epítetis Salvatoris nostri*; *De Trinitate*; *Explanatio nominum Domini*, y *Laudatio*. Despues aparecen las veinticuatro *Orationes* ya referidas. La edicion más notable de Orencio es la de Salamanca (1604) que lleva este título: «*Sancti Orentii Episcopi Eliberitani Commonitorium. Iterum emendatum ac notis secundis illustratum a Martino del Rio, Salmanticae, ex artium taberna Arti Tabernier Antuerpiani.*»

² Fortunato, en el libro I *De vita Sancti Martini*, dice:

*Hinc quoque conspicui radiavit lingua Seduli,
Paucaque perstrinxit florente Orentius ore.*

la lozana imaginacion de Draconcio: menos ardiente, pero más sóbrio y circunspecto, logra dar á sus versos cierta dulzura y claridad, tanto más notables cuanto mayor iba siendo la decadencia y olvido de las letras latinas. Siéntese esta influencia principalmente respecto de la prosodia, base de aquella metrificación, cuyas armonias se apagaban en el estruendo y algazara de los bárbaros: Draconcio altera con frecuencia el valor de las sílabas: Orencio difícilmente observa las leyes del ritmo y del metro, satisfaciendo apenas la imperiosa necesidad del canto, á que destina sus poesías. Orencio es sin embargo como Draconcio digno de estudio y respeto, porque contribuye generosamente á la exaltación de la idea católica, con tanta rudeza y de tantas suertes contrariada.

Último entre los escritores que florecen en la Península bajo el Imperio, y uno de los que más nobles esfuerzos hacen para defenderla de los bárbaros, es Idacio. Nacido á fines del siglo IV [388 á 392] en la antigua Limia (hoy Ponte Lima), pasó todavía en su infancia á Palestina, donde logró la honra de conocer á San Gerónimo ¹; volviendo á España antes de 412, y abrazando cinco años adelante la vida eclesiástica. Respetado por su ciencia y sus virtudes, fué en 427 elevado á la silla episcopal de Aguas Flavia (Chaves) por el voto de sus conciudadanos, pasando á las Galias en 431, como legado de su patria, para impetrar el auxilio de Aecio contra los suevos, que incendiaban y asolaban á la sazón las más opulentas ciudades de Galicia ². Sólo pudo su amor al suelo en que vió la luz primera conjurar por algunos momentos aquellos estragos, momentos que aplicó Idacio á combatir la heregia, hermanado al intento con Ceponio y Toribio ³. Al cabo

¹ No sólo conoció en Palestina á San Gerónimo, sino á Juan, obispo de Jerusalem, á San Eulogio y á San Hipólito, segun él mismo asegura en el año 467 de su *Chronicon*, siendo *et infantulus et pupillus*.

² Este hecho lo refiere el mismo Idacio en el año indicado del *Chronicon*.

³ El pontífice Leon Magno escribió á Toribio una carta recomendándole, para celebrar un concilio provincial en Galicia, la asistencia de Idacio y de Ceponio. Esta carta, citada por Florez (*España Sagrada*, tomo IV, pág. 290), y no olvidada de los que han tratado del obispo de Aguas Flavia, deponen de